GARCILASO

Muere Garcilaso en edad joven.Herido,además,por la traición y la villanía.Lo que los dioses le otorgan,hubiera dicho un peripatético, los hombres se lo acibaran.En medio de unos y de otros está San Francisco de Borja-Duque de Gandía aún-con los brazos abiertos para recibir el despojo bajo el compasivo sol de la Provenza.Cerca del mar latino de cuyas espumas brotaran las cadencias,la sabiduría y el amor que recogió,como iluminado,su espíritu,acaba penosamente una vida que llevó a las riberas del Tajo,deslumbrándolas y enterneciéndolas,el fulgor grecorromano.La antigüedad clásica aniquila un eco de sus propias ondas.

Fue la niñez de Garcilaso luminosa y amable.Batres,las fuentes rumorosas,las dignidades del señorío.Amable y luminosa también la primera juventud entre las damas de la corte,un instrumento músico en la mano,y en los labios una flor de galanura.Pero la vida era otra cosa.La vida iba tras el galope incesante del césar:Flandes,los campos germánicos,los litorales africanos o las propias llanadas de Castilla.Y a compás del bridón imperial corría el poeta,la espada heroica de otras edades todavía refulgente,el afán de justar con torvos enemigos encendiéndole la sangre.

Cuesta trabajo forjarse esta imagen del Garcilaso bruñido y ofensivo, del guerrero conquistador y opresor.Siempre que uno recuerda al poeta,un tirso primaveral aparece apoyando el recuerdo,un agua mansa y melodiosa, una queja tan dulce y soterrada que apenas pasa de suspiro.Y sin embargo Garcilaso embrazó la lanza,acometió,desgarró entrañas en la lucha.Pero lo extraordinario no fueron sus hazañas,sino las pausas que supo extraer de llas,los remansos en que se supo guarecer para levantar un mundo poético del cual sigue siendo la cima.En lo que hoy llamamos estilo renacentista no tuvo par en su tiempo.La métrica toscana que Navagiero-encantado en la Alhambra-puso en el oido de Boscán y que con anterioridad Micer Francisco Imperial,Juan de Mena y el marqués de Santillana

habían ~~sido~~ ensayado ~~xxxxxxxx~~ bajo la influencia de Dante con escasa fortuna, en él, en Garcilaso, tornase milagrosa aclimatación, tal si el suave acento italiano hubiese corrido siempre por sus venas y le aflorase de pronto a los labios apaciguando la rotundidad castellana. Ronsard no lo conseguiría en Francia sino unos años después; Milton en Inglaterra un siglo más tarde. Algo había en ello que no eran sólo las muchas lecturas latinas, la frecuentación del mantuano en primer lugar. Y ese algo era nada menos que su sensibilidad, su finísima sensibilidad que en la elección de la palabra poética y en su ajuste al verso y aun a la estructura cabal del poema, llegaba realmente al prodigio. En cada palabra escogida por Garcilaso para producir una emoción, una sensación, un efecto musical, palpita un mundo virginal, y en esta capacidad de devolver al vocablo su candor primero, hasta el punto de parecer recién creado y cristalino como una gota temblorosa, radica el entusiasmo renovado que siempre ha despertado su poesía. Pero a los poetas como Garcilaso se les admira, pero no se les puede imitar. Su gracia es intransferible. Para encontrar un ejemplo aproximado hay que avanzar hasta Antonio Machado, que también supo como él rescatar del uso la palabra manoseada para devolverla a su origen deslumbrante y ennoblecerla de nuevo.

Amó mucho también Garcilaso. Y sus amores se hicieron sonido de égloga por las riberas toledanas en medio de una primavera inalterable. Cada ninfa un símbolo. Cada pastor una quejumbre apasionada. "Salid sin duelo, lágrimas, corriendo". En las canciones y sonetos, lo amoroso ya no era llama oculta: era galantería.

Vamos a encontrarlo ahora en una de sus horas decisivas.

GARCILASO DE LA VEGA

Breve introducción

APUNTE SOBRE GARCILASO

Muere Garcilaso en edad joven. Herido, además, por la traición y la villanía. Lo que los dioses le otorgan, hubiera dicho un peripatético, los hombres se lo acibaran. En medio de unos y de otros está San Francisco de Borja —duque de Gandía aún— con los brazos abiertos para recibir el despojo bajo el compasivo sol de la Provenza. Cerca del mar latino, de cuyas espumas brotaron las cadencias, la sabiduría y el amor que recogió como iluminado su espíritu, acaba penosamente una vida que llevó a las riberas del Tajo, deslumbrándolas y enterneciéndolas, el fulgor grecorromano. La antigüedad clásica aniquila un eco de sus propias ondas.

Fue la niñez de Garcilaso luminosa y amable. Batres, las fuentes rumorosas, las dignidades del señorío. Amable y luminosa también la primera juventud entre las damas de la corte, un instrumento músico en la mano, y en los labios una flor de galanura. Pero la vida era otra cosa. La vida iba tras el galope incesante del césar: Flandes, los campos germánicos, los litorales africanos o las propias llanadas de Castilla. Y a compás del bridón imperial corría el poeta, la espada heroica de otras edades todavía refulgente, el afán de justar con torvos enemigos encendiéndole la sangre.

Cuesta trabajo forjarse esta imagen del Garcilaso bruñido y ofensivo, del guerrero conquistador y opresor. Siempre que uno recuerda al poeta, un tirso primaveral aparece apoyando el recuerdo, un agua mansa y melodiosa, una queja tan dulce y soterrada que apenas pasa de suspiro. Agua y queja que un día, desterrado por la cólera del emperador en una isla del Danubio, se unirán junto a la herida de la nostalgia. Y, sin embargo, Garcilaso embrazó la lanza, acometió, desgarró entrañas en la lucha. Pero lo extraordinario no fueron sus hazañas, sino las pausas que supo extraer de ellas, los remansos en que pudo guarecerse para levantar un mundo poético del cual sigue siendo la cima. En lo que hoy llamamos estilo renacentista no tuvo par en su tiempo. La métrica toscana que el Navagiero —encantado en la Alhambra— puso en el oído de Boscán y que con anterioridad Micer Francisco Imperial, Juan de Mena y el Marqués de Santillana habían ensayado bajo la influencia de Dante con escasa fortuna, en él, en Garcilaso, tórnase milagrosa aclimatación, tal si el suave acento italiano hubiese corrido siempre por sus venas y le aflorase de pronto a los labios apaciguando la rotundidad castellana. Ronsard no lo conseguiría en Francia sino unos años después; Milton en Inglaterra un siglo más tarde. Algo había en ello que no eran sólo las muchas lecturas latinas, la frecuentación del mantuano en primer lugar. Y ese algo era nada menos que su sensibilidad, su finísima sensibilidad que en la elección de la palabra poética y en su ajuste al verso y aun a la estructura cabal del poema, llegaba realmente al prodigio. En cada palabra escogida por Garcilaso para producir una emoción, una sensación, un efecto musical, palpita un mundo virginal, y en esta capacidad de devolver al vocablo su candor primero, hasta el punto de parecer recién creado y cristalino como una gota temblorosa, radica el entusiasmo renovado que siempre ha despertado su poesía. Pero a los poetas como Garcilaso se les admira, pero no se les puede imitar. Su gracia es intransferible. Para encontrar un ejemplo aproximado hay que avanzar hasta Antonio Machado, que también supo como él rescatar del uso la palabra mancillada para devolverla a su origen deslumbrante y ennoblecerla de nuevo.

Amó mucho también Garcilaso. Y sus amores se hicieron sonido de égloga por las riberas toledanas en medio de una primavera inalterable. Cada ninfa un símbolo. Cada pastor una quejumbre apasionada. "Salid sin duelo, lágrimas, corriendo". En las canciones y sonetos, lo amoroso ya no era llama oculta: era galantería.